

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD GLOBAL

Pablo Hermida Lazcano
Instituto de E.M. Verín

Recién estrenado el siglo y el milenio, y cuando faltan muy pocos días para la celebración anual del aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, me parece ésta una coyuntura propicia para compartir con vosotras y vosotros algunas de mis inquietudes relativas a lo que puede significar vivir en el mundo occidental en el siglo XXI, como ciudadanas y ciudadanos presumiblemente provistos de alguna versión de esa racionalidad práctica que nos congrega en estas jornadas filosóficas.

Como, por otro lado, no hace ni 48 horas que defendía una tesis en torno al pensamiento de Alfred Schütz, me parece un poco pronto para matar al padre intelectual de estos años predoctorales. Así pues, no os sorprenderá que mis reflexiones sobre algunos de los retos y dilemas con los que se desayuna la ciudadanía occidental del siglo XXI se articulen dentro del marco analítico de la fenomenología schütziana del *Lebenswelt* o, si preferís, de lo que yo vengo llamando fenomenología del mundo sociocultural.

Haciendo una brutal abstracción de las innumerables y evidentes diferencias individuales, grupales, nacionales y estatales, lanzo una definición de trabajo de lo que significa, en términos generales, vivir

en Occidente en los albores del siglo XXI. Propongo, pues, como punto de partida para esta ponencia, que un denominador común de la situación biográfica de las mujeres y hombres occidentales de hoy es el hecho de vivir en sociedades caracterizadas por tres atributos fundamentales:

- 1º) Una densa diferenciación funcional.
- 2º) Un atrincheramiento en el Norte de un planeta polarizado.
- 3º) Una posición hegemónica en los procesos globalizadores.

Dedicaré un par de minutos a la presentación preliminar de estos tres atributos.

1º) La densa diferenciación funcional

La profusa diferenciación funcional se traduce en el incesante desarrollo y fortalecimiento de tendencias que vienen gestándose desde antaño en las sociedades modernas: me refiero a la división del trabajo, la distribución social del conocimiento hasta alcanzar sorprendentes cotas de hiperespecialización y, en definitiva, la organización de cada colectividad en sistemas y subsistemas consagrados al desempeño de las diferentes funciones sociales.

2º) El atrincheramiento en el Norte de un planeta polarizado

La historieta, repetida hasta el tedio estos años, de la reconfiguración del orden mundial a resultas de la caída del muro de Berlín parece consagrar la polarización planetaria entre un Norte o Primer Mundo y un Sur o Tercer Mundo. Se trata de la consumación de un proceso que, remontable cuando menos a las dinámicas imperialistas y colonizadoras de la Edad Moderna y Contemporánea, exhibe hoy la masividad propia de eso que Berger y Luckmann llaman la protorrealidad, perfectamente objetivada e internalizada por los individuos

gracias al admirable funcionamiento de un portentoso discurso de legitimación que hay quien gusta denominar "pensamiento único".

3º) Una posición hegemónica en los procesos globalizadores

Nuestras sociedades llevan las riendas de los procesos de globalización. Llevar las riendas de esta globalización significa actuar como sujetos agentes "globalizadores" sobre sujetos pacientes, "globalizados", con frecuencia muy a su pesar, tanto dentro como fuera de estas mismas sociedades.

¿Por qué digo que "muy a su pesar"? Pues porque huelga decir que hablamos de globalización económica y comunicativa, y no, por ejemplo, de globalización de cosas tan absurdas, quiméricas y poco operativas como la justicia o la dignidad. Se trata de una globalización tan *sui generis* y restrictiva que tampoco debería sorprendernos tanto que haya quien prefiera globalizar estas últimas (la dignidad y la justicia), al recibir, o al contemplar cómo reciben otros un chaparrón de globalizaciones en forma de aluvión de relevancias impuestas, tan poco anheladas como las tarrinitas de mermelada de fresa llovidas del cielo sobre el suelo afgano con sabor a justicia infinita y libertad perdurable.

Como tampoco es de extrañar que, si los partidarios de otra globalización gritan en demasía, se pongan en función los dispositivos legitimadores para, una vez descalificados los disidentes como anti-globalizadores, proceder a criminalizarlos y fagocitarlos desde lo que, al cierre de esta ponencia, llamaré la fábula del miedo, que pretende incluir a los movimientos sociales en el reparto de sus temibles y siniestros protagonistas.

Hasta aquí mi definición de partida de lo que, para mujeres y hombres como vosotras, vosotros y yo, significa empezar a explorar el siglo XXI desde Occidente. Y ahora una advertencia. Como el resto

de mi argumentación lo construyo sobre este esbozo de nuestra situación biográfica, los que no aceptéis estos presupuestos no podréis simpatizar demasiado con el resto de mi discurso, por mucho cariño y buenas intenciones que pongáis en acompañarme. En tal caso, bendita sea la discrepancia.

Ante este panorama, la inquietud fundamental que quisiera compartir con vosotras y vosotros esta mañana, formulada en la jerga de Schütz, y situándome ya en la posición del observador o analista del mundo sociocultural, sonaría más o menos así:

¿Cómo puede hoy en día un ciudadano del Norte o Primer Mundo desenvolverse con relativa normalidad, en la actitud natural de su vida cotidiana, poniendo entre paréntesis las calamidades, injusticias, miserias y vergüenzas que asolan a buena parte del Sur o Tercer Mundo?

Si pregunto esto es porque, al examinar el estilo de vida dominante entre los habitantes del Primer Mundo, constatamos que su conocimiento de las desoladoras condiciones en las que vive buena parte del mundo de sus contemporáneos no parece constituir una amenaza para su vivencia ingenua y confiada en su mundo de la vida ni para su experiencia de un mundo social significativo. Me pregunto, por ello, cómo es posible que este sector sombrío de su acervo de conocimiento se mantenga tan divorciado del motivo pragmático que regula sus proyectos en la realidad eminente (*paramount reality*) de su mundo del ejecutar (*Wirkwelt*).

Y estas preguntas me las hago con más urgencia y angustia en unos tiempos de globalización comunicativa y mediática que, en principio y en potencia, parecería tornar más visualizables los desequilibrios, las desigualdades, las injusticias y las violaciones sistemáticas de los derechos humanos. Una exuberancia comunicativa que, en

buena lógica, debería arrimarnos mucho más a todas estas lacras planetarias, haciéndolas cada vez más vecinas nuestras, cada vez más parte de nuestro *Umwelt*; y, siguiendo con esta buena lógica de la inocencia, debería llevarnos, cuando menos, a cuestionar la sostenibilidad ética del modelo económico neoliberal.

Con lo que ha llovido y con lo que llueve desde el siglo XIX en las filosofías, sociologías y teorías críticas de la sociedad y la cultura, no seré yo desde luego quien emita el diagnóstico certero de la patología fundamental de las sociedades actuales. Tengo, en cualquier caso, la sospecha de que las actuales perversiones de la razón práctica no llegan a diagnosticarse ya por completo esparciendo hoy en el suelo del taller los aperos teóricos que han podido valer aun en el ayer más inmediato. Pero, pese a esta llamada a la prudencia y a la modestia, apuesto por seguir explorando las potencialidades de algunas de estas herramientas analíticas. En ese sentido, a la hora de tantear un discurso crítico capaz de estar a la altura de los complejos tiempos que corren, defiendo que es legítimo seguir hablando de alineación, unidimensionalidad, cinismo, mala fe, colonización del mundo de la vida, imperialismo de la razón instrumental, reificación, y suma y sigue.

Ambiciones teóricas aparte, creo que merece la pena reflexionar sobre algunos de los ingredientes cognoscitivos, pragmáticos, comunicativos, morales y sistémicos, que participan en la constitución de sentido y en la vivencia subjetiva e intersubjetiva de la barrera Norte-Sur como frontera de la experiencia, lo que representa la contrapartida del indiscutible valor sistémico-funcional de dicha frontera al servicio del Nuevo Orden Mundial.

Para intentar contribuir a esta reflexión, mi estrategia consiste en releer el ensayo de Schütz titulado "El ciudadano bien informado"

para llevar a cabo una "puesta a punto" de los tipos ideales allí distinguidos, a saber: el hombre común u hombre de la calle, el ciudadano bien informado y el especialista.

Centrándome sobre todo en los dos primeros, diseño sus respectivas réplicas en versión siglo XXI, a las que bautizo como "ciudadano del Primer Mundo" y "aldeano global", de tal suerte que establezco la siguiente relación de proporcionalidad: mi "ciudadano del Primer Mundo" es al "hombre de la calle" de Schütz como mi "aldeano global" es al "ciudadano bien informado" de Schütz.

El ciudadano del primer mundo

(1) El ciudadano del Primer Mundo acepta la realidad de un Tercer Mundo, el Sur, como algo normal, integrado como un elemento presupuesto en el pensar habitual y en el acervo de conocimiento socialmente compartido. La existencia de una parte considerable de la geografía planetaria dominada por la hambruna, la desertización, las guerras y guerrillas constantes, los regímenes políticos opresivos, las epidemias devastadoras y la violación sistemática de los derechos humanos, se incorpora a su acervo de conocimiento de manera tal que no activa el interés y el motivo pragmático de sus acciones dentro del mundo del ejecutar (*Wirkwelt*).

(2) La consecuencia inmediata es la fuerte desconexión entre su mundo de la vida cotidiana (caracterizado por la ejecución de acciones subjetivamente significativas, insertas en sus proyectos y planes de vida) y "los grandes problemas y desafíos del mundo".

(3) Curiosamente, el conocimiento de la situación en el Sur incluye con frecuencia la información (por vaga que ésta sea) acerca de las posibilidades reales y actuales de acabar con fenómenos como el hambre o las epidemias mediante una adecuada redistribución de los

recursos del planeta. Ahora bien, el CPM vive cotidianamente dando por sentado que “esa no es su guerra”.

(4) La razón crucial de esta pasmosa indiferencia hay que buscarla en el hecho de que el CPM no experimenta estas “cuestiones mundiales de amplio espectro” como presentes en sus zonas de relevancia primaria o secundaria. Ello se debe, en principio, a la considerable distancia (espacial, temporal y social) a la que se encuentran estos sectores del mundo, con el consiguiente anonimato de los individuos y colectivos protagonistas, abstractamente tipificados. Expulsados al polo opuesto del que ocupan sus “otros significantes”, esos otros anónimos y oscuros no despiertan en el CPM el interés suficiente para convertirse en motivos de sus acciones, gobernadas por el “motivo pragmático” y por la máxima vital “lo primero es lo primero”.

(5) El CPM apuesta por planes de vida que se nutren de expectativas socialmente diseñadas y plausibles para un ciudadano de su condición. En la medida en que participe de la cosmovisión natural-relativa o pauta cultural común a las sociedades del Norte, nuestro CPM sabrá a qué dedicar su tiempo de manera sensata y productiva, para lo cual se permitirá el lujo de descargar buena parte de sus energías físicas y mentales en el seguimiento de rutinas preestablecidas, a modo de “recetas de libro de cocina”.

(6) Este “pensar habitual”, que sirve de marco de referencia a su *Wirkwelt*, ayuda al CPM a sobrellevar la “fatalidad” de un mundo dividido en afortunados y desgraciados, Norte y Sur, opulencia y miseria. Una aldea global donde se han superado, o están en vías de superación las fronteras económicas, tecnológicas y mediáticas, pero donde la barrera entre mundo de la vida y (si me permitís) “mundo de la muerte”, se experimenta subjetiva e intersubjetivamente como infranqueable. Un mundo cuya complejidad alcanza cotas tan inusita-

das y donde existen fuerzas, mecanismos, conspiraciones e intereses económicos, políticos y militares a tan alta escala que, por descontado, ningún CPM en su sano juicio tendrá por horizonte siquiera remoto de su praxis el proyecto de "cambiar el mundo".

(7) En tanto en cuanto los medios de comunicación de masas se rigen, en buena medida, por la lógica implacable de la circulación de mercancías y operan como prótesis de las distintas facciones políticas, funcionan como un privilegiado vehículo al servicio de la colonización del mundo de la vida por los subsistemas económico y político (mi lenguaje es aquí inequívocamente habermasiano). Son cauces privilegiados para la imposición de imaginarios, modelos, pautas de conducta, intereses y necesidades, que van tejiendo el entramado de relevancias primarias del CPM, y configurando así su plan de vida. Lo que en Schütz no es sino la descripción formal del gobierno del motivo pragmático en la vida cotidiana, plasmado en la máxima "lo primero es lo primero", se llena ahora de contenido, cristalizando en la alienación propia de planes de vida egoístas y consumistas.

(8) La omnipresencia del universo mediático, y en particular la televisión, ejerce un poderoso influjo sobre los hábitos perceptivos y cognoscitivos de nuestro CPM. Habitación, en primer lugar, como rutinización y normalización del dolor, la violencia, el hambre y la muerte, que se incorporan al paisaje mediático del CPM adiestrándole en umbrales de tolerancia cada vez más generosos. Y, en segundo lugar, habitación en la percepción efímera, impaciente e inconstante. Adiestramiento en el brinco desde un lugar, un tiempo y un horizonte hasta otro, de manera automática, con ausencia de motivos, sin más proyecto que el estímulo novedoso, descontextualizado, invocado por el azar de un *zapping* en el que se desvanecen las coordenadas espaciotemporales y los horizontes internos y externos, y donde se frustra

todo intento de inserción en estructuras de relevancias en la continuidad de la corriente de conciencia.

(9) Entrenado en la "tiranía del instante", el CPM es cada vez menos apto para caminar por el *Wirkwelt* de forma reflexiva y perseverante, por rutas en cuyo horizonte figuran objetivos exigentes y de largo alcance, tan necesitados de coordinación intersubjetiva, planificación minuciosa y movilización sostenida de recursos.

(10) Un curioso síntoma de esta tiranía del instante es lo que podemos llamar "solidaridad a ráfagas". El CPM responde a un estímulo urgente de un programa televisivo benéfico con un donativo telefónico urgente, para el envío urgente de ayuda humanitaria destinada a paliar los efectos de una reciente catástrofe. La situación de catástrofe crónica en que vive buena parte del mundo no es noticia. Es información sedimentada como relativa o absolutamente irrelevante en nuestro acervo de conocimiento. Su probabilidad de conexión con nuestro motivo pragmático y nuestro interés a mano es sumamente remota. Por el contrario, la situación de alerta roja en un punto del planeta adquiere súbitamente relevancia primaria por imperativo de los *media*.

Hasta aquí el esbozo del tipo ideal de ciudadano primermundista. Paso ahora a bosquejar, a modo de contrapunto crítico, ese otro tipo ideal al que, como he anunciado, reservo el nombre de aldeano global.

El aldeano global

Con este rótulo designo al individuo que, desde el Norte o Primer Mundo, se integra de forma responsable en la realidad del mundo actual, caracterizado por la diferenciación funcional y la creciente globalización.

Como ya he indicado, el aldeano global no es sino una reformulación del tipo ideal schütziano del ciudadano bien informado, que incorpora ahora el imperativo de ser-ciudadano-de-la-aldea-global. En este sentido, el aldeano global es aquel ciudadano del Primer Mundo que, consciente de que todo el mundo social se encuentra a su alcance (si no efectivo al menos potencialmente asequible), se resiste a afincarse en un provincianismo que le sirva de escudo frente al aluvión de relevancias que se le imponen desde un Sur que quiere interpelarlo.

El aldeano global sabe que, si deja toda la responsabilidad de la globalización en manos de sistemas económicos, políticos y tecnológicos que escapan a su alcance y su control, hará de su vida cotidiana la existencia alienada del extraterrestre, incapaz de participar en la *construcción significativa* de su mundo social.

La exhortación a la responsabilidad del aldeano global supone, en primer lugar, su aspiración a estar bien informado para, en segundo lugar, estar en condiciones de participar en el rumbo de "las grandes cuestiones mundiales", concebidas como dimensiones significativas de su mundo al alcance potencial, con la consiguiente extensión de sus zonas de relevancia primaria y secundaria, en detrimento de las zonas de relativa o absoluta irrelevancia. Esta responsabilidad del aldeano global se concreta en las siguientes actitudes:

(1) El aldeano global se preocupa por incorporar a su acervo de conocimiento a mano un panorama suficientemente representativo de las informaciones disponibles acerca de "los grandes problemas mundiales" o "las grandes lacras planetarias". Sin duda, como miembro de una sociedad compleja y diferenciada (basada en la división del trabajo, la especialización y la distribución social del conocimiento) es plenamente consciente de la relativa opacidad con que el mundo se le

presenta. Aunque acepta de buen grado esta falta de transparencia del mundo, reclama la integración de las informaciones básicas concernientes a las "grandes cuestiones" en el acervo de conocimiento socialmente compartido. En nuestras sociedades, esto implica de entrada la exigencia de colaboración decidida de los sistemas educativos formales, desde sus enseñanzas básicas y obligatorias. El aldeano global sabe que esto es perfectamente compatible con la existencia de especialistas en política, economía, ecología o derecho internacional a quienes, eso sí, invitará a no perder de vista que trabajan para los *aldeanos*.

(2) El aldeano global mantiene una actitud beligerante frente a cuantos discursos, instancias y sectores sociales intentan persuadirle de la impotencia del hombre de la calle frente a un mundo excesivamente complejo y fuera de su alcance, dominado por mecanismos ciegos, por grandes conspiraciones, por el azar, por el designio de los dioses viejos o nuevos. En este sentido, parece evidente que el aldeano global sólo hallará su adecuado emplazamiento pragmático y cognoscitivo en el tejido social contemporáneo si cuenta con una esfera pública suficientemente articulada a través de una profusa red de asociaciones, instituciones y movimientos sociales, que sirvan de eslabones entre las acciones individuales y las estructuras sociales.

(3) Especialmente tenaz ha de ser la resistencia del aldeano global frente al papel que desempeñan los medios de comunicación como creadores de opinión, intérpretes de la realidad y modeladores del "pensar habitual". La sofisticación de los recursos mediáticos añade hoy tintes de heroicidad a los esfuerzos del individuo por convertirse en un ciudadano bien informado frente a la corriente arrolladora de la opinión pública y del conocimiento socialmente sancionado.

(4) El camino hacia la “buena información” del aldeano global pasa hoy, sobre todo, por la ruptura del hechizo y el poder hipnótico y seductor del medio televisivo, proclive a convertirse en un “otro significativo” *sui generis* de su vida cotidiana. El universo televisivo, convidado de honor en su intimidad, le suministra a domicilio una “cosmovisión natural-relativa”, haciendo alarde de un potencial homogeneizador casi coextensivo con la cobertura de sus repetidores y satélites.

(5) Con la televisión a la cabeza, en el universo mediático se produce una incómoda amalgama de lógica comunicativa y lógicas sistemas no lingüísticas, cuya principal consecuencia es la distorsión de las potencialidades y dinámicas de interacción comunicativa de la moderna esfera pública. En la medida en que la información y la comunicación sean ante todo mercado, resulta difícil contar con los *media* como vehículos de extensión de mi mundo al alcance, como cauces de ampliación de mi zona de relevancia primaria, como conductos de acercamiento y *desanonimización* del otro.

(6) El aldeano global se rebela contra la forma en que los ciudadanos del Primer Mundo experimentan las fronteras de su *Wirkwelt*. Cuestiona las recetas sociales que sirven para camuflar paradojas, contradicciones y obscenidades morales. Su rechazo de las estructuras de relevancias emanadas de la pauta cultural de su grupo le convierte, de algún modo, en un forastero.

Apunte final

Tal como he diseñado aquí los tipos ideales del ciudadano del Primer Mundo y del aldeano global, mi propuesta normativa de la necesidad de pasar del primero al segundo debéis leerla como una invitación a reaccionar ante el virtuosismo del discurso legitimador de

esa radiante puesta al día y puesta de largo del modo de producción capitalista y la economía de mercado que hoy conocemos como neoliberalismo. Un discurso legitimador eficaz donde los haya, cuya semántica se construye, a mi entender, sobre narraciones fabulosas como la fábula de la fatalidad, la fábula de la solidaridad y la fábula de la negación de toda fábula (ya me entendéis: la cantinela del fin de las ideologías, de la muerte de la historia y del cielo en la tierra).

Y, cuando estas fábulas se revelan insuficientes o saben a poco, entra en escena la eterna fábula del miedo. Miedo de quien vive su pertenencia a un mundo globalizador o globalizado como escenario de riesgos y consecuencias perversas: crisis bursátiles, rebeliones tercermundistas, hordas de inmigrantes, catástrofes ecológicas, guerras nucleares.

Miedo, hoy mismito, proyectado contra todos aquellos especímenes no encuadrables en ese género de homínidos que campa a sus anchas por nuestras sociedades primermundistas: el *homo oeconomicus*, una apuesta vital tan fundamentalista a mi juicio como todos aquellos fundamentalismos que nos hacen estremecer.

Mi utópico y pueril esbozo del "aldeano global" quiere ser, en definitiva, el del disidente, el de aquél que deserta de ese panorama de miedo global que recientemente alguien describiera y con el que yo cierro estas reflexiones:

El miedo global

Los que trabajan

tienen miedo de perder el trabajo.

Los que no trabajan

tienen miedo de no encontrar nunca trabajo.

Quien no tiene miedo al hambre, tiene miedo a la comida.

Los automovilistas tienen miedo de caminar
y los peatones tienen miedo de ser atropellados.

La democracia tiene miedo de recordar
y el lenguaje tiene miedo de decir.

Los civiles tienen miedo a los militares,
los militares tienen miedo a la falta de armas,
las armas tienen miedo a la falta de guerras.

Es el tiempo del miedo.

Miedo de la mujer a la violencia del hombre
y miedo del hombre a la mujer sin miedo.

Miedo a los ladrones, miedo a la policía.

Miedo a la puerta sin cerradura,
al tiempo sin relojes, al niño sin televisión,
miedo a la noche sin pastillas para dormir
y miedo al día sin pastillas para despertar.

Miedo a la multitud, miedo a la soledad,
miedo a lo que fue y a lo que puede ser,
miedo de morir, miedo de vivir.

Eduardo Galeano, *Patatas arriba*